







# BURBUJAS DE LA VIDA



Luis de Diego

BURBUJAS DE LA VIDA





Primera edición: diciembre 2018

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Luis de Diego

ISBN: 978-84-17548-84-1

ISBN digital: 978-84-17548-85-8

Depósito legal: M-40923-2018

Editorial Adarve


c/ Marcenado 14

28002 Madrid

[ifo@editorial-adarve.com](mailto:ifo@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España



*A mis hijos, por sus consejos.  
A Gloria, mi pareja, por estar  
siempre a mi lado, por  
empujarme y no dejarme  
caer nunca.  
Sin ninguno de ellos y de otras  
muchas personas, tantas que  
no podría incluirlas a todas y  
alguna se me olvidaría,  
este libro podría  
estar saliendo a la luz.*





Nuestro tiempo padece una enfermedad común muy extendida: la prisa. Los dígitos del reloj cambian a una velocidad de vértigo, pocos son los afortunados que disfrutan del sosiego, del puñado de arena necesaria para completar la lectura de un libro. Quienes poseen el raro arte de la imaginación, los constructores de sueños y palabras, se adaptan hoy a las necesidades del lector medio. El relato breve y el microrrelato ofrecen la posibilidad de cruzar el dintel de las historias y recorrer todas sus estancias en un único paseo. Luis de Diego nos deja en este libro de relatos variadas propuestas, trayectos, travesías por mundos paralelos; podemos acceder a lo cotidiano, saltar sobre el abismo de la niebla o rasgar la cortina del misterio. Cualquier lugar es bueno para la lectura: una marquesina, una sala de espera o un trayecto en autobús. Al abrir un libro, accedemos a través de sus páginas a territorios y personajes que tiran de nosotros y nos elevan por encima de la gris rutina.

María José Collado



## ÁGATHA

—¿Por qué? ¿Por qué ahora esto? —esta pregunta no dejaba de repetirse en la mente de aquella mujer libre para su época. Hasta libertina se servían de acusarla algunos hombres y mujeres.

Tenía cuarenta y cinco años. Una hija de su matrimonio, el cual funcionaba bien, que no daba problema alguno. Su madre había muerto hacía poco tiempo, pero la pobre ya estaba mayor, achacosa, y el día de su marcha tenía que llegar antes o después; al menos eso pensaba ella. Lo que nunca habría podido esperar, lo que no era capaz de superar, era el abandono de su marido.

—¡Y encima con esa zorra de su secretaria! —le hablaba a su mente, que no cesaba en extrañas elucubraciones mientras encendía cigarrillo tras cigarrillo.

Aquella mujer, de nombre Ágatha, había nacido en el seno de una familia acomodada. Tuvo una infancia feliz, junto a sus hermanos, cuyo único defecto era que no le gustaba jugar con muñecas, como solía ser lo habitual en todas las niñas de su época. Ese tiempo lo dedicaba a escribir cuentos imaginarios por los cuales nadie hacía de-

masiado caso y acababan en la papelera. Su juventud fue el estallido de aquella guerra horrenda. Pero fue la guerra la que la llevó a conocer a Pedro, el que posteriormente, tan solo un año después, se convertiría en su marido. Ella era muy joven, veinticuatro años, y a los tres años tuvo una hija, Camila, que la llevó a comenzar a escribir de nuevo, recuperando aquel viejo ejercicio de imaginación de su infancia.

Pero ahora ya no escribía cuentos de fantasmas y monstruos imaginarios para niños, sino de crímenes horrendos y de cómo un policía era capaz, con escasos medios, de llegar a resolverlos de forma simple y eficaz. Su primera novela se iba a titular *El misterio del amanecer dorado*. Tardó dos años en poder encontrar una editorial que se arriesgara a publicarle el libro. Su protagonista, el comisario Claver, se iba a hacer mundialmente famoso tras la aparición del libro. Consiguió vender más de dos mil ejemplares de aquella novela en su primera edición, ¡un éxito para un mundo tan selectivo!

—Felicidades, Ágatha —le dijo su editor, un hombre entrado en años, viejo zorro del conocimiento de los escritores que valían la pena—. Lo tuyo ha sido un gran éxito.

—Gracias, Mateo —contestó ella, jovial.

Al tiempo él le alargó la mano con un cheque recién extendido. Cuando ella vio la cantidad pegó un respingo.

—No puede ser —dijo alborozada. Apenas podía dar crédito a lo que estaba viendo.



—Es tu trabajo y te lo mereces —se limitó a decir Mateo.

En aquella época ya estaba trabajando en su segundo libro. Iba a girar en torno a un asesinato, también, en una gran ciudad de su país. Lo iba a rodear de un ambiente sofisticado e inesperados giros políticos, con un final sorprendente para los lectores. De nuevo el éxito le iba a sonreír y la primera tirada de diez mil ejemplares se agotó en pocos días.

Fue a raíz del inicio de su tercera novela cuando tuvo que soportar el mayor desajuste de su vida, que la iba a marcar por mucho tiempo, por su necesidad de inspiración.

Aquella necesidad de inspiración para escribir debió ser lo que le hizo perder el control de lo que sucedía a su alrededor. No se daba cuenta de que su marido cada día regresaba más tarde a casa, hasta había días que no regresaba; que apenas había comunicación entre ellos; que nada estaba en su sitio cuando ella lo necesitaba. Por eso cuando una mañana al despertarse se encontró un sobre en la parte de la almohada que le correspondía a él, con su nombre escrito, se sorprendió tanto. Pero aún se sorprendió más cuando, al leer la carta manuscrita de su marido, este le decía que tenía que dejarla, que había encontrado a otra mujer de la que se sentía profundamente enamorado y que ya no podía seguir soportando aquella situación entre ellos. Él, de alguna forma, le indicaba que se sentía abandonado por ella, como que no le prestaba atención, que nunca se preocupaba de sus problemas.



También le decía que en pocos días su abogado le haría llegar las condiciones para que su divorcio fuera rápido y con buenas condiciones para ella y su hija.

Fue traumático para ella. Llegó a pensar que no sería capaz de superar aquella prueba que la vida ponía delante de su camino. Camila apenas tenía diecisiete años y estaba a punto de entrar en ese momento de la vida de las mujeres en que necesitan que alguien esté pendiente de ellas, que las protejan; en que hay que saber soportar su rebeldía. Y, aunque entre su hija y su marido había una buena sintonía, él no se había preocupado nunca por sus problemas.

Se había quedado sin el apoyo de su madre pocos meses antes y su marido la había abandonado. Eran los ingredientes necesarios para hacerla caer en un estado de depresión que la arrastró en la caída a un pozo sin fondo. Se pasaba los días mirando por la ventana y fumando. Era incapaz de sentarse delante de su ordenador y escribir una sola palabra. Llevaba ya medio año de esta guisa cuando su vida iba a dar un cambio inesperado y radical.

Cuando una mañana ya no tuvo más remedio y acudió al cajero automático del banco para sacar dinero con su tarjeta de débito, el mismo le devolvió la tarjeta pero le indicó que no podía atender su petición. Al entrar en la oficina, Sara, la mujer que se encargaba de vigilar sus números, se vio obligada a decirle la verdad:

—Ágatha, estás arruinada. No tienes dinero —le dijo con toda la severidad que la situación requería—. Ya te hemos aguantado todo lo que hemos podido, pero llevas

meses sin ingresar un céntimo y solo gastando dinero y pagando facturas...

—Pero... —Ágatha se sentía calumniada—. Eso no puede ser, Sara —acabó diciendo.

—Mira —respondió la empleada al tiempo que giraba la pantalla del ordenador hacia ella—. El último ingreso que tuviste fue hace seis meses, que te ingresaron el dinero de la Sociedad de Autores. Desde entonces, nada —insistió.

—¿Y los ingresos de Pedro? —preguntó ella inquieta.

—No lo sé, Ágatha. Hace meses que no llegan —se le notaba que no estaba a gusto con aquella situación. Ágatha siempre había sido una buena cliente y jamás había dado problemas de falta de fondos.

Mientras, Ágatha había cogido el móvil y estaba llamando por teléfono.

—¿Pedro? —inquirió cuando al otro lado de las ondas alguien contestó.

—Sí.

—Soy Ágatha. ¿Me puedes explicar por qué no me llegan los ingresos que me tienes que hacer por Camila? —preguntó a quemarropa.

—Ágatha, ¿tú leíste los papeles cuando los firmaste?—su respuesta era dura—En el convenio del divorcio quedó escrito que pasaría la manutención de Camila hasta que esta cumpliera los dieciocho años, querida, y esta edad la cumplió hace ya varios meses —A continuación, y fríamente, colgó la llamada.

La vida le asestaba el enésimo palo a la autora de más éxito en los últimos años. Y eso podía dar al traste con toda su carrera. Por eso, siempre fue admirable su rapidez para sobreponerse en aquel preciso instante.

—Hola Mateo —se presentó el mismo día y de forma insospechada en el despacho de su editor.

—¡Ágatha! —exclamó él, con felicidad y alegría de verla en su rostro— ¡Cuánto tiempo!

—Es verdad, mucho tiempo, demasiado —respondió la autora.

—¡Bien! ¿Y a qué se debe tu visita, Ágatha? —preguntó el editor una vez hechos los preámbulos necesarios.

—Mateo... —su voz denotaba inseguridad— tengo un problema grave... Y solo tú me lo puedes solucionar —continuó.

—Pues dime —él la miró con franqueza. Su mirada azul era limpia, sin dobleces.

—Bueno... estoy en la ruina... —comenzó a explicar ella—. Y...

—No me digas más —la interrumpió—. Necesitas que te haga un préstamo.

—No exactamente —ella parecía que comenzaba a hablar con más soltura, su voz comenzaba a ser menos tensa—. Sí, necesito que me adelantes dinero de mi próximo libro, pero a cambio me comprometo a que dentro de un mes exactamente tendrás el borrador encima de tu mesa —concluyó.

—¡Eh!... —se mostró algo perplejo ante la petición —Ágatha, sabes que esta no es la línea que sigue la edi-



torial —dijo— pero... —ahora a quien le costaba hablar era a Mateo— por ti estaría dispuesto a correr ese riesgo. Nunca me has fallado y quiero creer que esta vez tampoco lo harás.

—¿De veras? ¿Harías eso por mí? —preguntó la escritora emocionada.

—Por supuesto que lo haré —contestó— ¿Cuánto te hace falta?

—Creo que con tres mil euros me será suficiente —dijo ella.

Mateo llamó a su secretaria por el interfono. Cuando la misma apareció en la puerta de su despacho le ordenó tajantemente:

—Patricia, hazle una transferencia de cinco mil euros a Ágatha ahora mismo. En concepto pones anticipo a cuenta de su próximo libro —le ordenó.

Ágatha se quedó estupefacta. Solamente le había solicitado un anticipo de tres mil euros y él le hacía una transferencia por cinco mil. Su cara dio muestras de profundo agradecimiento.

—Mateo, no sabes el gran favor que me acabas de hacer.

—No, no, no es ningún favor —contestó el editor sonriente—. Es a cuenta de tu próximo éxito editorial. Recuerda que dentro de un mes ha de estar encima de mi mesa —dijo—. Ese es mi riesgo y tú nunca me has engañado, Ágatha.

Cuando aquella mujer abandonó las instalaciones de la editorial era ya otra persona. En su mente se iban per-

geñando los planes que iba a llevar a cabo a partir de aquellos instantes.

Siempre había soñado con hacer un crucero por el mar Mediterráneo. Así que decidió que, para ambientarse en su próximo libro, iba a hacer ese crucero que tanto le llamaba la atención. Se dirigió pues al siguiente día a su agencia de viajes habitual y contrató un crucero que salía diez días después, con lo que tendría tiempo más que suficiente de poder dejarlo todo preparado y en orden.

Los días pasaron entre arreglo de papeles, de ropa, pago de facturas atrasadas y un sinvivir de emociones encontradas que Ágatha sorbía y trataba de contener y dominar, con el fin de que el mundo no se le viniera encima. La emoción la embargaba, su mente no podía dejar de pensar en ese viaje que durante tanto tiempo había ansiado y que por fin se le presentaba la oportunidad de poder hacer. Al tiempo iba hilando el guion de la historia que escribiría.

El día indicado se presentó en el puerto con tiempo más que suficiente. De hecho fue uno de los primeros pasajeros en embarcar; su reserva se lo permitía. Su camarote era cómodo, con un balcón y vistas a la cubierta, televisión de última generación y todos los lujos que se puedan encontrar en este tipo de viajes. No había escatimado en gastos. Una vez instalada y mientras los demás viajeros iban embarcando dio una vuelta por el barco, de reconocimiento, tratando de quedarse con los lugares más importantes donde quería desarrollar su historia.

Cuando el barco zarpó aquella tarde de casi verano ella pensó que iniciaba una nueva aventura. Así que sacó su ordenador portátil y comenzó a escribir las primeras páginas de su nueva obra. No le puso título, como tenía por costumbre, pues hasta que no la llevaba bien avanzada o ya lo había terminado no solía poner título a sus libros.

Por la noche asistió a la cena de gala que daba el capitán a todos los viajeros. Antes de asistir se duchó, peinó, maquilló y vistió como la ocasión requería. Al ser un buque tan grande, más de cinco mil almas lo poblaban, aparte de personal del mismo, hubo que disponerlos en distintos salones. El capitán la recibió encantado. Por algún motivo que ella nunca supo alguien había puesto en su conocimiento quién era ella:

—Ágatha —dijo el capitán al verla— es un gran placer tenerla a bordo de este barco —eran palabras formales—. Espero que se siente usted a mi mesa esta noche —dijo con entusiasmo—. Tenemos muchas cosas de las que hablar. Y espero me firme un ejemplar de alguno de sus libros.

—Buenas noches, capitán —ella contestó cortés, adulada por las palabras de aquel hombre desconocido para ella a la vez que tremendamente atractivo y simpático—. Estaré a su disposición, por supuesto.

—No sabe cuánto me alegran sus palabras, Ágatha —le dijo.

Cuando entró en el salón la condujeron a la mesa presidencial, donde se sentaría el capitán, junto a su séquito

de oficiales y contados elegidos pasajeros de aquel viaje. Si de una cosa se apercibió es que muchas miradas se dirigían hacia ella, casi todas de hombres. Cierto que llevaba un vestido largo de noche con un importante escote delantero que le permitía lucir su hermoso físico aún con su edad, además de llevar la espalda al descubierto.

A la hora del baile un caballero se acercó a ella para invitarla a bailar. Era un hombre apuesto, de fuerte complexión, vestido con un traje apropiado para la ocasión y una pajarita negra. Además, al aceptar el baile, pudo darse cuenta de que era un estupendo bailarín. Sus dedos se ceñían en los lugares adecuados, sin buscar un contacto más allá del necesario para el control durante el baile.

Cuando acabó la melodía la invitó a una copa y estuvieron charlando durante un rato. Ella supo que él era de América Latina. Aunque se definía como un hombre sin patria, que viajaba en aquel barco de un lugar a otro, sin ningún puerto en el que quedarse. Una vez consumida su copa ella se disculpó y aprovechó la oportunidad para regresar a su camarote, donde su ordenador la esperaba para seguir trabajando.

En los días que siguieron ella aprovechó cada parada para desembarcar y visitar las distintas ciudades donde el barco hacía escala: Barcelona, Marsella, Florencia, Roma, Palma de Mallorca. En todas ellas fue encontrando y conociendo cosas interesantes, aunque algunas de aquellas ciudades ya había tenido oportunidad de visitarlas años atrás.

Su novela avanzaba a pasos agigantados y había entrado ya en su fase final el día en el que el barco arribaba al

final del viaje. Seguía teniendo dudas sobre el título, pero tampoco era un problema que le afectara demasiado. Alguna noche había vuelto a ver y bailar con aquel hombre que conoció la primera noche, así como el capitán, que se mostró como un consumado galán.

Aquella mañana, justamente, Mateo tenía apuntado que se cumplía el mes que Ágatha le había prometido tener su novela en su escritorio. Por eso, al entrar en el despacho y ver un tocho de papeles enorme en el interior de un sobre encima de su mesa, se sonrió. Abrió el sobre y comprobó que efectivamente era la novela. Inmediatamente llamó a Patricia, su secretaria.

—Buenos días, señor Mateo —dijo ella entrando en el despacho.

—Buenos días, Patricia —respondió sonriente—. ¿Ha estado aquí esta mañana Ágatha? —le preguntó.

—No señor, no ha estado. Pero... —su voz se volvió entrecortada—. ¿No ha visto las noticias estos días?

—Sabes que he estado de vacaciones fuera, Patricia. No he visto nada de televisión ni de prensa. Me da abstracción saber las noticias, nunca dan una buena noticia.

—Entonces... ¿no se ha enterado de lo de Ágatha? —preguntó de nuevo.

—Qué ha sucedido —dijo él alarmado ya con tanto secretismo.

—La encontraron muerta en el barco donde hizo el viaje. Creía que lo sabía.

—Pero entonces... ¿Cómo ha llegado este borrador a mi oficina? —preguntó—. Dime, ¿qué sucedió con Ágatha?

—En el correo de esta mañana a primera hora, señor Mateo —contestó ella—. El día que llegaron a puerto y desembarcaron, al revisar los camarotes ella estaba muerta. No se encontraron vestigios de violencia... La policía está desconcertada con lo sucedido y la autopsia nada extraño ha revelado.

Ante estas palabras él se abalanzó sobre el sobre que contenía el borrador y lo revisó. Ciertamente era de Ágatha, pues sus señas eran las del remitente. Lo abrió y sacó el borrador de su última y postrera novela. Solamente se fijó en el último folio, que acababa en: «el asesino era...». Pero no daba el nombre del mismo. También se fijó en el extraño título que le daba a la obra: *El barco del horror y el amor*.

Al mirar con más detenimiento el sobre pudo darse cuenta de que la letra del sobre no era la de Ágatha...